

v. AGUJERO EN LA PANDEMIA



© Beatriz González | Dolores | Óleo sobre tela | 150x150 cm | 2000



© Beatriz González | Lágrimas y peces | Óleo sobre lienzo | 160x90 cm | 1997

¿Tabú sin tótem? Agujero en la pandemia*



MARIO BERNARDO FIGUEROA MUÑOZ**

Analítica. Asociación de Psicoanálisis de Bogotá, Bogotá, Colombia

¿Tabú sin tótem? Agujero en la pandemia

Taboo without a Totem? Hole in the Pandemic

Tabou sans totem ? Trou dans la pandémie



CÓMO CITAR: Figueroa Muñoz, Mario Bernardo. “¿Tabú sin tótem? Agujero en la pandemia”. *Desde el Jardín de Freud* 22 (2023): 195-212, doi: 10.15446/djf.n22.112847.

- * El presente texto recoge los elementos centrales de la intervención del autor en el Ciclo de foros, “COVID 19 y Buen Vivir”, organizados por el Doctorado en Etnobiología y Estudios Culturales de la Universidad del Cauca, el 25 de junio del 2020, a tres meses de comenzado el confinamiento, bajo el título de “Distancia y agujero en la pandemia”.

** e-mail: mbfigueroam@unal.edu.co

© Obra plástica: Beatriz González

Estas reflexiones, desde el punto de vista de un psicoanalista, no pretenden desconocer las múltiples diferencias de las cifras de contagios y de muertes ocurridas al comienzo de la pandemia, ni tampoco hacer un inventario de los muchos cambios que la crisis sanitaria introdujo en nuestras vidas con las variadas manifestaciones de malestar sufrido durante los primeros meses de confinamiento. Me detendré, más bien, en un hecho sencillo y muy extendido, que ha estado en el centro de la cotidianidad de nuestra vida en los meses posteriores, la falta. Tal vez por lo generalizado y porque sus razones parecen justificadas a la mayoría, pasa inadvertido; pero creo que si reparamos en el agujero y asumimos lo que implica, sin renegarlo o ignorarlo radicalmente como si nada hubiera pasado, podría tener importantes consecuencias.

Palabras clave: agujero, falta, pandemia, COVID-19, objeto a, subjetividad, goce.

These reflections, from the point of view of a psychoanalyst, are not intended to ignore the numerous differences in the numbers of infections and deaths that occurred at the beginning of the pandemic, nor to make an inventory of the many changes that the health crisis introduced into our lives with the varied manifestations of discontent suffered during the first months of confinement. Instead, I will stop on a simple and widespread fact, which has been at the center of daily life in the following months, the lack. Perhaps, due to its generalization and the fact that its reasons seem justified to the majority, it goes unnoticed. Still, if we look into the hole and assume what it implies without denying it or radically ignoring it as if nothing had happened, it could have significant consequences.

Keywords: hole, lack, pandemic, COVID-19, object a, subjectivity, jouissance.

Ces réflexions, du point de vue d'un psychanalyste, n'ont pas pour but d'ignorer les multiples différences dans les nombres d'infections et de décès survenus au début de la pandémie, ni de faire le point sur les nombreux changements que la crise sanitaire a introduits dans nos vies avec les diverses manifestations de malaise subies durant les premiers mois de confinement. Je me concentrerai plutôt sur un fait simple et très répandu, qui a été au centre de notre quotidien dans les mois suivants : le manque. Peut-être à cause de la généralité et parce que ses raisons paraissent justifiées pour la plupart des gens, le trou passe inaperçu, mais je crois que si nous le remarquons et acceptons ce qu'il implique, sans le nier ni l'ignorer radicalement comme si de rien n'était, cela pourrait entraîner des conséquences importantes.

Mots-clés : trou, manque, pandémie, COVID-19, objet a, subjectivité, jouissance.



Aún en medio de ella, una de las pocas certezas que ya arroja la pandemia, es que no tiene *pan*. No me refiero solo al aumento desmedido del hambre y la miseria en los países más pobres, sino también al prefijo que cubre todo con el manto del todo; este ha sido absolutamente relativizado en la crisis generada por el COVID-19. Si bien todos y todas somos susceptibles del contagio, la realidad ha mostrado que la pandemia toma rumbos absolutamente distintos relativos a cada sociedad, a las formas diversas como cada comunidad y cada sujeto responde a este hecho. La consigna *¡quédate en casa!*, por ejemplo, le llegó de manera muy distinta a los habitantes de los barrios pobres de Bogotá: ¡ellos no tienen casa! Cada familia habita un cuarto que paga a diario con lo obtenido en el rebusque... en la calle. Este espacio, ahora prohibido, es su espacio vital, razón entre otras para que allí la pandemia se haya asumido de manera muy particular.

El significado de universalidad de la sílaba *pan* ha sido relativizado por la singularidad del sujeto y la particularidad de los lazos sociales. También por los otros conflictos que agitan al mundo contemporáneo, dentro de los cuales la pandemia se inscribió, aunque esta se utilice para tratar de ocultarlos.

El sujeto parece resistirse, no sin dificultad, a una serie de medidas estandarizadas que pretendieron imponerse de manera global o nacional, optimizando los dispositivos de control de la tecnociencia, que universalizan y buscan borrar las diferencias y tratar organismos, no sujetos.

Es por eso que estas reflexiones, desde el punto de vista de un psicoanalista, no pretenden desconocer las múltiples diferencias, con frecuencia borradas en medio del cotidiano y desesperante recitativo de las cifras de contagios y de muertes en los noticieros. No pretendo hacer acá un inventario de los muchos cambios que esta crisis ha introducido en nuestras vidas, ni de las variadas manifestaciones de malestar que hemos sufrido durante estos primeros meses de confinamiento. Me detendré más bien en un hecho sencillo y muy extendido, que ha estado en el centro de la cotidianidad de nuestra vida en estos meses. Tal vez por lo generalizado y porque sus razones parecen justificadas a la mayoría, pasa inadvertido; pero creo que si reparamos en él y asumimos lo que implica, sin renegarlo o ignorarlo radicalmente como si nada hubiera pasado, podría tener importantes consecuencias.

¡CONSUME, CONSUME... CONSÚMETE!

Para esta sociedad, no en vano apellidada “de consumo”, pues opera bajo la égida del imperativo superyóico, “obsceno y feroz”¹, ¡Consume! —es decir, ¡goza!—, la pandemia implicó un alto radical y abrupto a esta exigencia. Por varias semanas ese imperativo se detuvo drásticamente. El discurso que sostiene a este sistema, el discurso del capitalismo², es el de la exigencia de goce: “Debes gozar, ser un hombre de éxito. Ni goce que no alcances, ni objeto que se te escape. No hay límite, no te prives de ningún objeto: el que sea, el que quieras; si lo demandas, el mercado te lo proporcionará. No dudes... si acaso no sabes cuál es el objeto de tu goce, no importa: el mercado lo averiguará por ti; con su oferta creará tu demanda y te hará creer que es tu deseo”.

A pesar de que sectores inmensos de la sociedad no podrán adquirir jamás la mayoría de las mercancías con las que el mercado los bombardea, ni el éxito y la felicidad que exige, el fantasma que sostiene el discurso capitalista es el de que, si te esfuerzas lo suficiente, todo goce es posible, pues no hay objeto vedado³. Una fantasía se impone: ¡ha caído el tabú, no hay objeto prohibido!

En este punto es necesario aclarar que, desde la perspectiva psicoanalítica, el goce no es el placer; tampoco es el deseo, que constituido por la falta es más bien su contrario. El goce consiste en un más allá de placer, más allá que implica una transgresión y una destitución del deseo y del sujeto, un empuje entonces hacia la muerte⁴.

Me valdré de un ejemplo reciente para ilustrar esta concepción del goce: ¿qué puede hacer que alguien que está en medio de una emergencia sanitaria por causa de una enfermedad que puede ser mortal, que tiene en vilo al mundo y que se contagia con facilidad, particularmente en aglomeraciones, se vaya, a pesar de estar advertido, a comprar un televisor en las multitudes de un día de rebajas? El comprador de nuestro ejemplo, tal como lo hicieron miles que salieron el “día sin IVA”⁵, sabe bien que su bienestar, incluso que su vida puede estar en riesgo exponiéndose de esta manera, pero el goce, como decíamos, está más allá del bienestar, más allá de placer y no repara en argumentos conscientes; busca la muerte.

1. Jacques Lacan, *El seminario. Libro 7. La ética del psicoanálisis (1959-1960)* (Buenos Aires: Paidós, 1988), 16.

2. En el planteamiento de Lacan en el seminario 17, los discursos son las formas particulares de lazo social y de regulación del goce. Sin embargo, con relación al discurso del capitalismo que pronuncia en Milán, el autor aclara que en realidad este no es propiamente

un discurso, ya que opera de modo tal que deshace el lazo social, lo rompe; entroniza el individualismo, aborrece lo concerniente al amor y a la solidaridad, para exigir el cumplimiento del imperativo de gozar a toda costa, sin obstáculo. Ver: Jacques Lacan, *El seminario. Libro 17. El reverso del psicoanálisis (1969-1970)* (Barcelona: Paidós, 1992); *Del discurso psicoanalítico. Universidad de*

Milán. 12 de mayo 1972, en Olga Mabel Mater, “Traducción de la Conferencia de Lacan en Milán del 12 de mayo de 1972”, *ElSigma.com*, 13 de marzo, 2006. Disponible en: <https://www.elsigma.com/historia-viva/traduccion-de-la-conferencia-de-lacan-en-milan-del-12-de-mayo-de-1972/9506>.

3. Si no lo logras, eres un *lúser*, condensación de usuario: *user* y fracasado: *loser*. Es decir, un consumidor fracasado. Entonces te queda la depresión.
4. Aunque el concepto de goce es de Lacan, sus orígenes están en Freud, en particular en su “Más allá del principio de placer”. Sigmund Freud, “Más allá del principio de placer” (1920), en *Obras completas*, vol. XVIII (Buenos Aires: Amorrortu, 1976).
5. “Día sin IVA”, es decir, día sin Impuesto al Valor Agregado, fue el nombre con el cual el gobierno denominó su campaña de descuentos para fomentar las ventas. Si bien esta se acordó antes de la pandemia, el gobierno no quiso modificar sus fechas, a pesar de que el comercio estaba cerrado. Abrir los grandes almacenes para recibir estas aglomeraciones, en medio del confinamiento, constituía un seguro riesgo, tal como lo señalaron muchos expertos y varios alcaldes.

Nuestro ejemplo también ilustra que en el goce el sujeto está absolutamente sujeto al objeto. El sujeto sigue el camino que le marca el televisor, mas no solo, sino en la medida en que este electrodoméstico está inscrito en la demanda del Otro, el del mercado, a quien el presidente le prestó su voz exhortando a la ciudadanía a salir a comprar, transgrediendo las normas que hasta entonces el mismo gobierno había promulgado. De nuevo el lado transgresor: ahora el supuesto agente de la ley sostiene un decreto con el cual la transgrede.

Por otro lado, el anzuelo utilizado para hipnotizar al rebaño de consumidores fue el de la rebaja del IVA, pero lo que en realidad se rebajó fue la vida de los compradores; se privilegió el mercado por sobre la salud. Esta depreciación de la vida es el plus de goce que apetece el Otro del neoliberalismo. No es que ocasionalmente la economía sea preferida, sino que en este sistema la economía consume al sujeto. En este punto es necesario reparar en que *consumir* también quiere decir quemar, abrasar hasta reducir a cenizas. Nosotros somos el combustible, nos creemos consumidores, pero el neoliberalismo se sirve de la operación más característica de la pulsión, la vuelta sobre ella misma por la vía del reflexivo, para consumirnos: se goza tanto de mirar (*voyeur*) como de ser mirado (exhibicionista), pero el culmen es gozar *mirándose*, tal como Freud lo dilucidó⁶. Hoy en día, por ejemplo, con las nuevas formas de los contratos por servicios, muchos se creen felices al ser su propio jefe, sin notar que también son sus propios proletarios y que ellos mismos están *explotando-se*. En el capitalismo, cual polilla que no puede escapar a la irresistible atracción de la flama, el sujeto goza consumiéndose mientras consume.

La clínica de las adicciones nos lo corrobora: difícilmente quien las padece habla de otra cosa que de consumir; es el tema de sus sesiones de terapia que giran en torno a una cantinela monótona y repetitiva: qué consume, cómo consume, con quién consume, dónde, cuánto hace que no consume... todo esto mientras es él quien se consume. Por eso no hay nada asombroso en el calentamiento global. Aunque parezcan hechos provenientes de realidades muy distintas, las inundaciones y los incendios que inflaman el mundo entero están relacionados no solo con el consumo de los bosques sino con el nuestro. Estamos consumiéndonos... ¡Ardeamos! Nosotros somos el objeto. ¡Y seguimos callados avivando nuestra silente combustión!

LA PANDEMIA CAVÓ UN AGUJERO ENTRE NOSOTROS Y EL OBJETO

Sin embargo, durante la pandemia, y esto no es un hecho menor, es algo que quiero subrayar, se detuvo *de facto* y drásticamente el consumo. Es cierto que algunos renglones se dispararon, como el de Internet o las ventas en línea, y que la mayoría

6. Sigmund Freud, "Pulsiones y destinos de pulsión" (1915), en *Obras completas*, vol. XIV (Buenos Aires: Amorrortu, 1976), 125.

de las ricas corporaciones vieron incrementadas en mucho sus ganancias. No se trató de un golpe mortal al capitalismo, como lo anunciara presurosamente Žižek⁷. Sin embargo, hubo un enorme descenso del consumo. Podrían revisarse las cuentas de los millones de barriles de petróleo que se dejaron de quemar, las inmensas cantidades de energía eléctrica, los miles de vuelos, de viajes en tren, en autobús o en barco que se suspendieron, los cientos de espectáculos multitudinarios que se aplazaron —comenzando por los juegos olímpicos—, los montones de eventos, congresos, viajes de negocios, que no se realizaron. La lista es muy, pero muy larga; hacerla nos ilustraría el tamaño del agujero inextenso que quiero señalar, pero hay otra forma más vívida y próxima del fenómeno que me interesa destacar: que la pandemia cavó un hueco en nosotros y entre nosotros y el objeto. Por unos días el mundo paró, no fue un sueño, ¡ocurrió! Lo curioso y hasta aterrador es la terrible dificultad que nos cuesta tenerlo presente, dimensionarlo y, sobre todo, extraer de ahí algunas consecuencias.

Aquí y allá tuvimos evidencias tangibles del reverdecer de la naturaleza y reducciones de los niveles de contaminación a índices nunca vistos en las últimas décadas. Ya olvidamos que las semanas anteriores a la pandemia, Bogotá, por ejemplo, había tenido que incrementar las restricciones al uso de vehículos, ya no por la falta de espacio en las calles, sino en nuestros pulmones..., por el insalubre aumento de los contaminantes en el aire. No bastó entonces con los días laborales, sábados y domingos entraron también en la prohibición. Es como si no fuéramos capaces de admitir ese hueco o esa distancia entre nosotros y el objeto. Pero si nos detenemos un momento, si devolvemos la película o nos observamos en nuestra cotidianidad, incluso ahora —pues la pandemia no ha terminado—, tendríamos que admitir que, a partir de las medidas tomadas por la llegada del virus, nuestra distancia con relación a los objetos es otra, fuimos alejados de ellos, una suerte de tabú se ha introducido entre ellos y nosotros. Ahora no los podemos tocar, por lo menos no sin una serie de medidas protectoras. ¡Los objetos se nos han vuelto intocables!

UN AGUJERO EN LA REALIDAD. ANGUSTIA DE CONTACTO: ¡NO TOCAR!

A partir de la obligada distancia con el objeto, en la vida de la mayoría se impuso, si no la estructura al menos la fenomenología de la neurosis obsesiva.

Todo comenzó, no sin razón, en las filas de los supermercados, con una de las más características expresiones de la neurosis obsesiva: la acumulación; no de cualquier cosa, sino de montañas de papel higiénico, como honrando a la pulsión anal y a su objeto, el excremento, que comanda la neurosis obsesiva y su lógica de avaricia,

7. Slavoj Žižek, “El coronavirus es un golpe al capitalismo a lo Kill Bill”, en Giorgio Agamben, *Sopa de Wuhan* (Buenos Aires: ASPO, 2020).

acaparamiento y gusto reprimido por lo asqueroso, manifiesto en su opuesto: el asco y la obsesión desmedida por la pulcritud.

Dos semanas después de iniciado el confinamiento escribí la siguiente nota en Facebook:

Estamos tan atravesados por el “discurso” del capitalismo que lo hemos naturalizado al extremo de no percibir que confunde el culo con la cabeza; de ahí buena parte del malestar contemporáneo. No es para menos, nos pone patas arriba. ¡Solo a él se le podía ocurrir que lo capital es el capital! Que lo capital (la palabra *capital* viene del latín *capitalis*, perteneciente a la cabeza), es decir, lo verdaderamente importante, lo prioritario, lo que comanda, lo que debe capitanear, estar a la cabeza, es el dinero, el capital de la acumulación o el supuesto goce del capitalista. Pero el goce de la acumulación es del orden de lo anal, del estreñimiento, la constipación, la retención: ganar mucho y dar poco, atesorar sin compartir, o dar limosna para no darse y conservar así la magnificencia. Cual Midas, todo lo que toca el capitalismo, lo vuelve... capital. Acumular y sistematizar, contar, digitalizar, gozar reteniendo o aguantándose las ganas, inhibido para “hacer”..., siempre a punto de explotar y explotarse; mantenerse como muerto estando vivo; mezquinar el contacto con el otro, y más aun con la otra: ¡horror!

Creerse uno, individuo, indiviso, aunque la duda le demuestre lo contrario. Creerse independiente y supuestamente libre en su egoísmo, alejado de todo compromiso, inhabilitado para el amor. Ante el temor de la pandemia, lo primero que a muchos se les ocurrió fue correr al supermercado a comprar rollos y rollos de papel higiénico. Tal vez esta crisis nos permita descubrir que hay razones de sobra, referidas a la economía propia de la pulsión anal, para afirmar que el capitalismo es un sistema de mierda y que lo capital no es el capital. Esperemos que no lo olvidemos cuando abran el primer centro comercial.

A tono con el imperio del asco, la obsesión y la muerte que señalaba en esa nota, vinieron las extremas medidas de higiene: tapabocas, desinfectante y lavado de manos. El mundo devino amenazante, se hizo intocable: ¿cuántas veces al día se lavan ahora las manos? ¿Cuántas reparan en que van a entrar en contacto con este o aquel objeto que muchos han tocado? ¿Volvieron a abrazar espontáneamente al amigo que encontraron en la calle? Y ese acto horroroso para muchos obsesivos: darle la mano a alguien... ¿lo han vuelto a cometer? Recordemos que Freud estableció una interesante comparación entre el tabú y la neurosis obsesiva. Señaló que “como en el tabú, la prohibición rectora y nuclear de la neurosis es la del contacto; de ahí la designación: angustia de contacto, *délire de toucher*”⁸.

8. Sigmund Freud, “Tótem y tabú” (1912), en *Obras completas*, vol. XIII (Buenos Aires: Amorrortu, 1976), 35.

Hasta los rituales, tan socorridos por esta neurosis que convierte los episodios más anodinos en pequeñas ceremonias litúrgicas cuasi sagradas, se colaron en nuestro diario trasegar pandémico, la mayoría relacionados con la limpieza, la higiene, el cambio de ropas, de calzado, los baños y demás; todo condimentado con un toque hipocondríaco.

Si Freud planteaba la neurosis obsesiva como una suerte de religión privada, durante la pandemia esta resultó un recurso útil en muchos casos, pues se evidenció la falla del Otro, o su inexistencia, ante lo cual vino bien un recurso privado. Ni los dioses ni la ciencia —que para muchos en esta época ha venido a ocupar el lugar de un dios y de una religión— han podido aportar la cura. Quedamos solos frente al real de la pandemia: la muerte hizo valer su poder hipnótico o pánico que envolvió a muchos en él; quedaron estupefactos en la inhibición.

Por eso, para completar el cuadro, en el corazón de nuestros días de encierro no faltó ni la pregunta central del obsesivo: “¿estoy vivo, o muerto?”. Este vino de la mano de la inhibición y de cierta vacilación en el deseo, cuando no de un bloqueo angustiante, así como de esa característica de las prohibiciones obsesivas, también señalada por Freud, de desplazarse de un objeto a otro hasta convertir a este último en un verdadero imposible⁹.

A nuestras sociedades, conminadas a prescindir de toda restricción frente a los objetos del mercado, se les impuso súbitamente una distancia, una separación de ellos: ya no los podemos tomar directamente del exhibidor del supermercado sin mediación alguna, sin haber cumplido con la toma de temperatura y la desinfección de manos y zapatos al entrar al almacén. Y una vez en nuestras viviendas ya no los pasamos de la bolsa a la nevera sin antes someterlos a una cuidadosa limpieza. El objeto ideal del mercado, aquel *prêt à porter*, listo para usar sin asco y sin resto, aquel de usar y desechar sin reparar en más..., desapareció rotundamente por unos días. Antes de consumirlo surgió la sombra de una duda, el respeto o el miedo; una precaución o un cuidado, como el obsesivo, que luego de mucho dudar compra algo que por fin le gusta y, en lugar de estrenarlo, lo guarda por mucho tiempo, lo retiene, se aguanta las ganas antes de atreverse a usarlo.

No solo cambió nuestra relación con lo que compramos, también se vio afectada nuestra disposición hacia las cosas más elementales de la vida, esas que en conjunto constituyen nuestra realidad, el mundo, o mejor, “la escena del mundo”¹⁰, como los muebles de la casa, los utensilios de todo tipo o nuestro cepillo de dientes. Varias veces al día desinfectamos incluso nuestras extensiones corporales, esos ya inadvertidos *gadgets*: el teléfono portable, la tarjeta del cajero, la *tablet*, el “compu”, etc. A pesar de lo familiares que ya nos resultan estos objetos, la pandemia también



9. *Ibíd.*

10. En el seminario de *La angustia* Lacan traza la división entre “el mundo”, que es real, inaccesible (e inundo, podríamos decir) y “la escena del mundo”, la realidad, constituida a partir del lenguaje, la cultura, el discurso del Otro. El objeto del deseo, objeto *a*, se ubicaría en el primero, inaccesible, en falta. El yo y los objetos del conocimiento son los que constituyen lo que llamamos la realidad, en el espacio de la escena del mundo; objetos tomados y constituidos por el lenguaje, por el orden simbólico, por el relato y la historia. Jacques Lacan, *El seminario. Libro 10. La angustia (1962-1963)* (Buenos Aires: Paidós, 2006), 43-48.

introdujo una distancia con ellos. Es que la casa, el hogar, el *heim*, lo más familiar e íntimo que tenemos, terminó siendo *unheimlich*, siniestro: lo más ajeno y amenazante, aunque próximo e íntimo a la vez; como lo demostró Freud en su célebre artículo, “Lo ominoso”¹¹. En nuestro mundo familiar y cotidiano, en nuestro vecindario y hasta en nuestra alcoba, en ese mundo constituido por nuestra historia, por nuestros relatos, por el sentido, algo ahora llama nuestra atención y se manifiesta como totalmente extraño, inquietante. Un real viene a romper nuestra rutinaria y habitual escena del mundo, nuestra realidad; viene a amenazar con una irrupción de goce, de sinsentido, de transgresión mortífera. Frente a “eso” se instala entonces la distancia, el agujero, el horror..., el tabú.

EL OBJETO QUE YO ES. MI VIRUS ES TUYO

Hasta acá he guardado silencio sobre un hecho trascendental: la línea transitoriamente abisal que la pandemia trazó entre nosotros y los objetos recae con mayor fuerza sobre dos de ellos: el yo y el otro. Estos son ahora objetos fundamentales de lo que Freud llamó en “Tótem y tabú” “angustia de contacto”¹², del horror al contagio, rasgo común entre la neurosis obsesiva y el tabú.

El yo, es decir, la persona, la máscara que nos da identidad, se constituye al unísono con el otro y a partir de él. Es otro desde su origen en la identificación con el semejante del que hurta las máscaras que en adelante lo constituirán. Tal vez eso también nos lo recordó esta crisis: tras la exaltación maniaca del individualismo, tan necesaria al capitalismo que se nutre con nuestro ego —al que él mismo engorda—, nuestro pobre yo con todo y sus ínfulas de libertad no es más que un cascarón imaginario, un aparato de defensa, una máscara constituida por una serie de identificaciones, de imágenes tomadas de los otros, cuya unidad es absolutamente imaginaria. Ahora la máscara con la que me protejo y me doy persona, mi querido yo, debe protegerse, vaya ironía... icon una mascarilla! Mascarilla sobre máscara, para protegerse de él mismo y del otro, de los otros que lo constituyen.

Si el yo se ha construido en esa radical dependencia con el otro, se notará enseguida que el tal “distanciamiento social” que ahora se le impone, no es lo suyo. Si por él fuera todo sería fusión con el otro, aunque a cada instante la niegue para reclamarse único y especial. Ahí radica el núcleo mortal del yo: en esa identificación en la que me constituyo, me confundo agresivamente con mi semejante. Por eso mismo el prójimo es mi bien, pero también mi mal. Mi amado o amada, como mi enemigo, mi rival. Esta tensión constitutiva es tan presente como inconsciente, tan actual como radicalmente ignorada. Hacemos lo que sea por desconocer nuestro mísero origen,

11. Sigmund Freud, “Lo ominoso” (1919), en *Obras completas*, vol. XVII (Buenos Aires: Amorrortu, 1976).

12. Freud, “Tótem y tabú”, 37.

pero la pandemia nos lo ha enrostrado y no es grato: si “yo es otro”¹³, mi veneno será su tóxico. Puedo ser el mal de mi ser querido, portar el virus, así como él puede contener las moléculas de mi muerte. Como se ve, la tendencia no es propiamente a guardar una prudente distancia con el otro, a respetar los dos metros que nos impone la norma, y la mascarilla; todo lo contrario, la tentación inconsciente es la de gozar de él, contagiarse y contagiarlo, podemos decir. Y es ese deseo inconsciente el que la pandemia ofrece realizar, de ahí también su carácter siniestro: nos ha introducido en un escenario en donde el contacto con el semejante puede poner en acto toda su potencia mortífera, hacia él y hacia nosotros. Otra fuente inconsciente del horror al contacto.

SUJETO, CORTE, AGUJERO Y OBJETO

Aclaremos que el yo no es el sujeto y que si el primero se constituye en esa identificación con el otro que le proporciona una ilusoria pero indispensable unidad, el segundo, el sujeto del inconsciente y del deseo, solo existe en calidad de dividido. Surge de la más temprana intervención de la ley que saja un agujero en el neonato. Esta ley no es otra que la del lenguaje, introducido por la madre, quien al hablarle impone una pérdida radical y definitiva del objeto, corta con este por lo sano. El bebé devendrá sujeto gracias a esa sajadura, y el objeto caído será objeto de la pulsión, desecho, despojo perdido.

El agujero constituirá al sujeto, pues como pura falta, causa su deseo. ¿A qué desear si nada me falta? Imposible dibujar sueño alguno en el horizonte si el agujero que me constituye como deseante ha sido obturado por el retorno del objeto de goce. Si el bebé sigue adosado al pecho o al biberón, ¿para qué hablar?, ¿para qué demandar algo si antes de hacerlo ya el pecho en su boca taponó el germen del deseo y de la palabra? Si el bebé permanece pegado al excremento, reteniéndolo, ¿cómo moverse, desarrollar la motricidad, organizar el tiempo y el espacio? Pero, sobre todo, si no resigna a la madre, si se mantiene como una graciosa extensión de ella, ¿cómo pensar siquiera en tener una pareja, más allá de esta díada incestuosa?

Entonces, entre el sujeto y el objeto se han establecido una distancia y una tensión irreductibles; esa distancia es a la vez agujero causal en el sujeto, y en el objeto de goce, marca que lo constituye en asqueroso pero atractivo desecho irreparable, so pena de destituir al sujeto al obturar su deseo, al hacer faltar la falta. Si la falta que constituye al sujeto llega a faltar, la angustia se apoderará de él ante la inminencia de su destitución al quedar reducido a puro objeto de goce¹⁴. Este es, dicho de manera muy esquemática, uno de los descubrimientos clínicos de Lacan a propósito de la angustia¹⁵. Para él esta no surge ante la posibilidad de que algo, un objeto muy importante nos llegue a faltar¹⁶, sino todo lo contrario, ante la inminencia de que ese

13. En el *Seminario 2* Lacan retoma y da todo su valor a la célebre expresión de Rimbaud. Ver Jacques Lacan, *El seminario. Libro 2. El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica (1954-1955)* (Buenos Aires: Paidós, 1983), 17.
14. El típico “caca nene”, proferido por algunas madres para advertir a sus hijos que no pueden “jugar” con ese objeto, entrar en contacto con él, habría que entenderlo literalmente: “si tocas el objeto... te convertirás en él”. De hecho, es lo que exclamamos cuando nos topamos un bebé en esas circunstancias: ¡Ay no, quedó vuelto... mierda! No por nada esa es una de las más particulares características del tabú, señaladas por varios etnólogos y retomada por Freud: quien viola una prohibición “adquiere él mismo el carácter de lo prohibido”; es decir, es destituido como sujeto y rebajado a puro objeto de goce. Freud, “Tótem y tabú”, 30.
15. Lacan, *El seminario. Libro 10. La angustia*.
16. Que era la segunda teoría de la angustia en Freud, en “Inhibición, síntoma y angustia”: la angustia como señal ante la inminencia de una pérdida fundamental. Sigmund Freud, “Inhibición, síntoma y angustia” (1925), en *Obras completas*, vol. xx (Buenos Aires: Amorrortu, 1976).

objeto retorne, haciendo que la falta (la que nos hace desear) nos pueda faltar. Sin embargo, este nudo fundamental de la angustia no se le escapó a Freud: en alguna medida en ello consiste la “angustia de contacto” o la “angustia de tentación”¹⁷ que subrayó a propósito del tabú. Es la angustia, no ante una pérdida del objeto, sino ante la inminencia del encuentro, del contacto con él; de satisfacer la apetencia pulsional y transgredir el tabú, es decir, de colmar la falta. Por ejemplo, ante el tabú a los muertos Freud señalaba: “Ya hemos aprendido a comprender una parte de las prohibiciones del tabú como angustia de tentación. El muerto está inerme, y ello no puede menos que estimular a satisfacer en él las apetencias hostiles, tentación esta que es preciso contrariar mediante la prohibición”¹⁸.

Creo que en medio de la larga serie de restricciones al contacto, de tabúes que ha introducido la pandemia, se hace evidente la posibilidad inminente de que la enfermedad y hasta la muerte gane la batalla en nosotros o en algunos de nuestros prójimos; esto actualiza la tentación inconsciente de transgredir el tabú para colmar así nuestras apetencias pulsionales hostiles, de contagiarnos y contagiar a otros, lo cual no puede menos que generar lo que Freud llamó angustia de tentación.

Por esta vía de la angustia como índice del sujeto y en particular de la posibilidad de su destitución he articulado el sujeto y el problema del tabú. Como las medidas tomadas ante la pandemia, el tabú prohíbe el contacto. Acá es importante recordar que “el contacto es el indicio de todo apoderamiento, de todo intento de servirse de una persona o cosa”¹⁹. Así, el tabú fulmina con su castigo y su culpa a aquellos que, al transgredir la prohibición, entran en contacto con el objeto “para gozar de él”, para “usufructuar el objeto”²⁰ tal como lo planteaba Wundt, retomado por Freud. Sin embargo, es importante aclarar que no todo contacto con el objeto es impedido por el tabú, sino en particular lo que Lacan llama “el encuentro”, la *tyche*; es decir, el encuentro con lo real de goce, que es siempre encuentro imposible, encuentro fallido²¹, pues en él el sujeto queda destituido por el goce, petrificado.

De hecho, es ese encuentro con lo real de la muerte lo que angustia en el contacto con el virus, pues siendo lo más temido, es el goce más buscado; engendra el vértigo ante ese abismo pulsional que atrae desesperadamente, que amenaza llenarse. Ocurre entonces que creemos que nos da *miedo* el virus; pero la verdad es que, de dientes para adentro e inconscientemente, nos *angustia* nuestra propia apetencia de la muerte que amenaza con saciarse con nuestros seres queridos o con nosotros mismos, y nos desconocemos en ese afecto:

El tabú es una prohibición [...] dirigida a las más intensas apetencias de los seres humanos. El placer de violarlo subsiste en lo inconsciente de ellos; los hombres que obedecen al

17. Freud, “Tótem y tabú”, 67.

18. *Ibíd.*

19. *Ibíd.*, 41.

20. *Ibíd.*, 31.

21. Jacques Lacan, *El seminario. Libro 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis (1964)* (Buenos Aires: Paidós, 1986), 62.63.

tabú tienen una actitud ambivalente hacia aquello sobre lo cual el tabú recae. [...] se comporta como una fuerza de contagio porque el ejemplo es contagioso y porque la apetencia prohibida se desplaza en lo inconsciente a otra cosa.²²

El tabú se desplaza porque opera con la plasticidad de la pulsión y la eficacia de lo simbólico, en particular de la metonimia. Como en la neurosis obsesiva, ya no solo es amenazante el contacto físico, también el visual, el mental, pensar en él, asociarlo por algún resquicio con el más insignificante detalle, etc. Pero al final de todos los desplazamientos, de todas las personas, acciones, situaciones y cosas que se constituyen en tabú, todo conduce estructuralmente a dos goces fundamentales fantaseados por todos en la más tierna infancia: yacer con la madre y matar al padre; invocados en el *ino matarás!* y en el *ino yacerás con tu madre!*, cara y cruz de la misma prohibición.

No hay espacio en este artículo para mostrar cómo esos dos imperativos estructuran lo humano, la sociedad y sus instituciones y dan forma de prohibición a la ley del lenguaje, que es la que realmente está en la base, la que cava la infancia, esa que constituye al sujeto y nos separa de los objetos.

CADA OBJETO CON SU TABÚ

Se me dirá que en verdad solo los objetos de goce están prohibidos, que los demás nada tienen que ver con el tabú, que una libreta, una taza de té, unos zapatos, no están cubiertos con su interdicción. Responderé que no hay ninguna persona, animal, vegetal o cosa de la escena del mundo, de la realidad, que no haya sido estructurada por lo simbólico, por la palabra, por el relato, por la historia. En ese sentido, aun los objetos que estrictamente hablando no constituyen objetos de amor, de deseo o de goce, en la medida en que habitan en el campo del lenguaje y son constituidos por él —es más, en la medida en que están hechos de palabras—, tienen la imborrable marca de esa distancia insalvable y, por lo tanto, implican el tabú. Por eso mismo, como Freud lo señala, cualquier cosa puede adquirir el papel de objeto erótico, y, en esa medida, cualquier cosa puede llegar a ubicarse allí, viendo transgredido su uso, su valor, para ocupar el lugar de resto, de desecho pulsional. Por eso mismo, de la noche a la mañana, siguiendo solo los resortes de la singularidad de su goce y de la forma como lo ha atravesado el lenguaje, puede un fóbico sobredimensionar ferozmente el tabú de sus objetos fóbicos —que pueden ser los más insospechados—, o un fetichista puede elevar la transgresión de otros al estatus de condición singular para su goce. Entonces, allí en silencio y sin darse a ver, todas las cosas de la realidad alojan su tabú.



22. Freud, "Tótem y tabú", 42.

Es la voz del imperativo de goce del capitalismo contemporáneo la que presta su mandato para que, con toda nuestra complicidad, asumamos que el tabú desapareció, que podemos gozar de cualquier objeto, no importa cuál, no importa cómo..., no son más que mercancías. Desde que lo paguemos, desde que lo demandemos al mercado, estaríamos en “libertad” de hacerlo.

Pero todos sabemos bien que, si en lugar de mascarilla, salimos a la calle con los calzoncillos en la cabeza, seremos tomados por locos, a menos que logremos adoptar la pose de un artista en medio de alguna *performance*. Si Marcel Duchamp es famoso, es en parte porque logró transgredir el tabú que protege al orinal: tomó uno, le escribió algunas palabras y lo colgó invertido..., no en un baño, sino en una galería. Ese es el privilegio de los artistas, pero solo de ellos. Solo a ellos se les permite, en virtud de su genio, transgredir el tabú para servirse de los objetos como les plazca, realizando su deseo, trastocando sus usos, sus sentidos, sus espacios, su material, etc.²³

Quien se quita un zapato y lo pone sobre la mesa del comedor, obviamente está violando un límite, aquel que ordena y da sentido al comedor y también a los zapatos. Pero, sobre todo, con este acto está, cual exhibicionista, buscando dividir subjetivamente a los demás comensales y gozar, no con el zapato, sino con ellos, con su desazón y su asco, que los reduce a objeto de la manipulación y del goce del primero.

A pesar de lo distantes, hay una relación estructural entre este caso y el de la compañía minera que llega a un páramo a perforar túneles, remover toneladas de tierra, contaminar cauces de agua, para extraer oro. Finalmente, este no es su tesoro fundamental, sino que, como en el ejemplo del zapato sobre la mesa del comedor, acá también se trata de explotar al semejante y hasta a las generaciones por venir, de reducir a objeto de goce a los habitantes de la región, transgrediendo el tabú que no inviste a las cosas —al oro, los ríos, el zapato, el páramo— por sí mismas, sino en cuanto el orden simbólico y los otros, nuestros semejantes, están presentes en ellas. Es que, como ya planteé, esas cosas que constituyen nuestra realidad, que hacen parte de la escena del mundo, por más materiales que sean están hechas de palabras o, más estrictamente, de significantes, y el significante “representa a un sujeto para otro significante”²⁴. No hay modo de que, en esas cosas del mundo, aun si nunca lo notamos, dejen de estar presentes el sujeto... y el Otro. Ese tabú no ha surgido de la nada, sino de la prohibición constitutiva que funda lo humano, que protege no tanto al objeto (aunque sea esa la apariencia), como al sujeto, a la comunidad y en últimas a la cultura misma. Por eso en las sociedades donde el tabú se expresa de manera manifiesta, como lo muestra Freud, la responsabilidad y hasta la culpa del transgresor no la asume únicamente él, de manera exclusiva, sino que la comunidad se siente responsable de esa violación. Obviamente hay un castigo para el transgresor, pero la

23. Pienso que en eso consiste el privilegio del artista, pues “elevar el objeto a la dignidad de la Cosa”, como señala Lacan, implica necesariamente esa transgresión del tabú, aunque por la vía de la sublimación, lo cual da otro tono a su acto. Lacan, *El seminario. Libro 7. La ética del psicoanálisis*, 138.

24. Lacan, *El seminario. Libro 10. La angustia*, 74.

comunidad se siente afectada y cumple también con medidas expiatorias, además de velar porque el violador pague su culpa. No hay ni la más mínima indiferencia, esa en la que el discurso capitalista nos ha llevado a sentirnos tan cómodos.

Ante todo, las cosas no son mercancías, como el capitalismo lo figura. Por más que “me pertenezcan”²⁵ no puedo gozar de ellas a mi antojo²⁶.

Pero lo más importante que quiero enfatizar acá es que en esos límites al goce, en esos tabúes —así nos incomode esta palabra en esta época en que supuestamente los hemos desterrado— o gracias a ellos, cuando nos encontramos ante un sujeto y un objeto, cualquiera que este sea —incluso si es otro sujeto en condición de objeto—, no estamos solo ante ellos dos, nunca están solos: están también implicados allí el orden simbólico y el semejante o la sociedad a la que representa. Es decir que por más íntima y singular que sea la relación del sujeto con su objeto, ajustada a la especificidad de goce de su fantasma y de su síntoma, siempre estará en juego una tensión, una invocación al Otro de la ley y al lazo social, aun si la ilusión del sujeto tomado por el goce es la de que logró deshacerse de esas “presencias”. Piénsese por ejemplo en la paradoja de que justamente el goce del perverso sea el que esté más atado a la ley, al Otro.

A partir de lo anterior digamos que el tabú no hace más que vehiculizar, de manera puntual, la ley fundamental que estructura lo humano, ley del lenguaje que impone una pérdida de goce. Pero esta, como en el mito freudiano del origen de la cultura, implica un pacto en el que todos los miembros asumen esa falta a buena cuenta del deseo que surge de ella. Así las cosas, la ley no solo introduce la restricción, sino que causa el deseo. Esa es la función del padre, ser agente de la ley y transmitir el deseo sin confundirse con ella o creerse su dictador. El carácter universal del lenguaje implica que todos entran en el pacto que este impone: renunciar al goce de la madre y al de matarse con el padre y con los hermanos; es decir, asumir la falta del objeto y constituirse en deseante, en favor de la posibilidad de convivir, sabiendo que todos entran al pacto en y por la falta, al pacto de los seres hablantes. Esa es la condición para pactar; la apuesta con la que se entra a este juego de lo humano es la del deseo, que se sostiene en la falta: si alguno es incapaz de renunciar al goce del crimen y del incesto, obviamente no va a buscar pacto alguno, no lo necesita; o mejor, solo lo necesita para gozar, es decir, para transgredirlo en acto, pues el goce exige la transgresión. Esto implica que el lazo social que de acá resulta incluye la falta. Si bien implica también la identificación —que vela la falta sin obturarla— con el padre, representado en el tótem y con los hermanos, no hay lazo social que se sostenga sin incluir la falta. El pacto la exige, es su condición. Esa es la razón por la cual Lacan, al plantear el discurso capitalista, advierte que este, estrictamente hablando, no es un

25. En últimas lo que pone en cuestión el tabú es la supuesta “propiedad privada”, base del capitalismo.

26. No obstante, ya se han generado debates jurídicos ante casos en los que actos de asesinato y canibalismo han sido precedidos de una especie de “consentimiento informado”, aceptados por la víctima a voluntad, para satisfacer su fantasía, en la plenitud de sus facultades. La discusión es si, mediando esta supuesta libre elección de goce de la víctima, este derecho a la autodeterminación acá constituyó o no un crimen. El 30 de enero del 2004 el diario *El País*, bajo el titular, “Los jueces alemanes condenan al ‘caníbal de Rotemburgo’ a tan solo ocho años de cárcel”, daba cuenta de uno de estos casos.

discurso, pues el discurso es una forma particular de lazo social, y el capitalismo, al contrario, lo disuelve. Podemos decir que forcluye la ley y, por ende, la falta.

Sin embargo, no es un sacrificio absoluto en favor del bien de todos, no hay un gesto desinteresado y altruista en todo esto. Obviamente el resultado implica ponerle límite a la mutua destrucción, pero el interés de cada uno también obtiene el beneficio del deseo, la posibilidad de recorrer el camino que este le trace para postergar el goce y obtener finalmente alguno —pues no es posible eliminarlo totalmente de la vida del sujeto y de la sociedad—, pero acotado o inscrito ya en lo simbólico y lo imaginario de cada sociedad, dentro de los límites del tabú, de los ritos, de la sublimación, de la fiesta o mediado por el amor.

Recuerdo en este punto un estudiante indígena que, en el momento en que hablábamos de esto en clase, trajo el ejemplo de su comunidad. Explicó que, para el rito de paso a adultos, la adquisición de destrezas en la caza es fundamental, pero esta formación subraya de manera tajante la prohibición de disparar su flecha al animal que guía la manada —pues esta quedaría acéfala, en el caos—, a las hembras preñadas y a los muy jóvenes. Esa es una manera, decía el estudiante, de tener en cuenta las normas de su tribu, la naturaleza en su conjunto y a los otros.

Otro ejemplo más próximo: a la fecha cuatro ríos y un páramo han sido declarados ya en Colombia “sujetos de derechos”²⁷. Han sido protegidos legalmente, y la explotación a ultranza de que eran objeto ha encontrado claras barreras jurídicas. Obviamente, esta medida no es suficiente para su protección, pero es un avance en el intento por restablecer el tabú para que, en nombre de la ley y de los otros —de las generaciones futuras—, se detenga el goce que desvive a las compañías explotadoras.

EL VETUSTO TABÚ, ¿ESTÁ DE VUELTA?

“Tótem y tabú” es la obra en la que Freud expuso su mito sobre la constitución de la cultura, de lo propiamente humano, de la moral y de la sociedad. Tras su relato mítico subyace el núcleo estructural de lo humano. En su prólogo señalaba que de los dos temas que aborda, el tótem y el tabú, el primero les resultaría extraño a sus contemporáneos, obsoleto y caduco; mientras que el segundo, el tabú, no les sería ajeno, pues mantendría toda su vigencia: “el tabú en verdad sigue existiendo entre nosotros”, afirmaba²⁸. Correspondería al conocido “imperativo categórico”. Sin embargo, si al Freud de hace ciento nueve años le parecía que el tabú mantenía entonces toda su vigencia, tal vez el de hoy no sostendría tal cosa con la misma seguridad. De hecho, allí mismo concluía que “el progreso social y técnico de la historia humana ha socavado mucho menos al tabú que al tótem”. Pero ese “mucho menos” implica que ya en ese

27. Tatiana Pardo, “¿Suficiente con declarar a un río sujeto de derechos para protegerlo?”, *El Tiempo*, 9 de julio, 2019. Disponible en: <https://www.eltiempo.com/vida/medio-ambiente/las-implicaciones-de-declarar-sujeto-de-derechos-a-la-naturaleza-384870>.

28. Freud, “Tótem y tabú”, 8.

momento era claro para él que el “progreso social y técnico” también había minado al tabú, solo que en menor proporción. El siglo no pasó en vano para el capitalismo y su manifestación neoliberal que avanza sin pausa en el empeño de hacer del tabú una pieza de museo que nos resulte tan extraña como el totemismo. De hecho, el término está totalmente desacreditado, asociado con el oscurantismo, la superchería, lo contrario a la razón y, sobre todo, con el ataque a la supuesta libertad de hoy en día. A pesar de eso, como lo he señalado, el tabú no ha desaparecido completamente. Su disolución es concomitante con la del nudo estructural de la condición humana. Más aun, actualmente nos encontramos ante una suerte de paradoja: mientras el imperativo del mercado enarbola el goce por sobre todo y la abolición del tabú, por otro lado asistimos al surgimiento de una serie de nuevas restricciones, de una especie de nuevos tabúes que protegen, por ejemplo, a las mujeres —gracias a la lucha que desde hace años adelantan las feministas, hay que decirlo— y a multitud de grupos minoritarios, así como a los animales, la naturaleza, etc. Es como si frente a la fragilidad del tabú fundamental, nos halláramos de cara a una multiplicación de pequeñas prohibiciones, aquí y allá, cada una bien específica, bien delimitada; como si se instauraran pequeñas parcelas de restricción al goce, a resguardo del imperativo universal de la época, que lo exige sin restricción.

No hay espacio para desarrollar acá el problema del padre, es decir, la manera como en el mito freudiano el tabú se apoyaba en el tótem y tras él, en la función del padre para agenciar la ley y transmitirla, al tiempo, con el deseo. Sin embargo, es claro que si el tabú ha perdido gran parte de las formas bajo las cuales se manifestaba, esto se debe, en buena medida, a la caída del patriarcado. A esta se suma o se articula la profundización del dominio del “discurso” del capitalismo con su imperativo de goce, su rechazo de la diferencia, del amor y la solidaridad, en favor del individualismo y de una pretendida libertad que en buena medida es solo su disfraz.

La pandemia introdujo una brizna de aire fresco que frenó por unos días la orden del consumo, obligó a los individuos de sociedades enteras a aportar una falta, a cohibirse de objetos y de actividades, en favor de los otros, a toparse con el hecho de que dependemos de ellos más de lo que admitíamos, al tiempo que ellos dependen de cada uno de nosotros. El “me tiene sin cuidado lo que hagan los demás, yo hago lo que me viene en gana” ha encontrado un relativo límite. Una dosis de reciprocidad, base del intercambio simbólico y de la vida en comunidad, se desplegó al comienzo de la crisis, para decrecer luego. Esto no ha sido sin brotes de xenofobia en uno u otro lugar, manifestaciones que no se originaron en la pandemia, pero que han hallado en ella una buena excusa.

Sin embargo, la gestión de la pandemia nos forzó a sacrificar alguna dosis de nuestro egoísmo, a deponer transitoriamente el aparente carácter perentorio de algunos de nuestros fantasmas de goce, a disminuir o por lo menos a alterar nuestro ritmo de vida en favor del conjunto y a reparar en lo superfluo y banal de algunas de nuestras prácticas de consumo, así como en la manera en que estábamos firmemente atados a ellas. La paradoja es que lo hizo mediante la lógica de la administración de organismos, de meros cuerpos, y no de sujetos o de comunidades.

Por otro lado, nos vimos forzados a ver resquebrajada la ilusoria omnipotencia de nuestro yo, a enfrentarnos con su ignorada fragilidad. La muerte, tan negada, tan excluida de nuestras cuentas en esta era de supresión del duelo, del matar en masa —de manera tecnificada y ante la indiferencia de los consumidores de pantalla—, pasó a golpearnos como un real traumático que petrifica y desnuda la precariedad o la inexistencia del Otro, de la ciencia y de las religiones. Si en estos días comenzamos a hablar de la “nueva realidad” es porque la angustiante emergencia de lo real hizo naufragar momentáneamente la que vivíamos.

Más allá de esto, me detuve a mostrar que la pandemia introdujo un agujero entre nosotros y los objetos, pero también en cada uno de nosotros; estructuralmente es el mismo vacío. Introdujo un pare transitorio al mandato del consumo que nos consume con el mundo de la realidad. Señalé la función imprescindible de la pérdida del objeto en la constitución del sujeto y las correspondencias con el tabú, que también nos aleja de él y es constitutivo de lo humano. Me pregunto ahora si este, que subsiste disminuido en la actualidad, habrá encontrado con la pandemia una especie de “avivamiento”, solo que tal vez sin los elementos necesarios para lograr subjetivar el agujero. Como decía hace un momento, los Estados impusieron la distancia con el objeto desde un dispositivo autoritario y masivo de administración de cuerpos, de organismos como pura *nuda vida* —en el sentido que le da Agamben al término—, sin contar con el sujeto ni con el lazo social. Lo hicieron desde el lugar imaginario del padre tiránico y no del padre simbólico cuya función es introducir la ley y el deseo. Podemos suponer que eso impidió en parte asumir la falta de una forma distinta a la de la mera privación.

Queda planteada entonces la cuestión de qué sería y cómo operaría el tabú sin tótem. La caída de Dios y hasta del patriarcado no nos exime del retorno del padre despótico del totalitarismo, como lo demuestran ejemplos recientes en varias latitudes. Este no coincide y hasta se opone al padre simbólico y a su función de transmitir la ley y el deseo. Por eso es necesario discernir qué tanto debe el tabú y su eficacia simbólica, a uno y otro padre. Sobre este punto vale la pena recordar que Freud señala que, para existir, el tabú no esperó a la entronización del Dios padre de las religiones, es anterior a ellas y se basta a sí mismo²⁹. Si las religiones han tomado apoyo en él, este

29. Freud, “Tótem y tabú”, 27.

no depende de ellas. Esto para señalar que no es lo mismo la función del padre que el patriarca con su despótico poder y su rechazo de la diferencia, de lo femenino y de las mujeres, incluso, o más aun, si este se viste con los ropajes de lo sagrado. Mientras que la primera está en función de transmitir el deseo, el segundo milita en beneficio de su propio goce y del desconocimiento de la falta.

La cuestión es la de sostener el tabú, no en favor del mítico protopadre, sino en favor de la existencia del sujeto y del deseo, de la pervivencia de la humanidad y de la cultura; no por amor al patriarca ni en favor del goce, sino por amor a las generaciones futuras que dependen de esto, como una forma de asumir la deuda simbólica, transmitida así a ellas. Es decir, un tabú de carácter laico, asumido con responsabilidad subjetiva en lugar de culpa y sacrificio, que permita el amor a los demás en lugar de acapararlo exclusivamente para dios padre, de manera que no nos reduzca a una obsesionalización como la que introdujo la pandemia, a la inhibición frente al deseo y a la parálisis angustiada. No dejamos de recordar a este propósito la observación de Lacan sobre la posibilidad de prescindir del nombre del padre “con la condición de utilizarlo”, de servirse de él³⁰.

El otro punto, unido al anterior, es el del carácter de este agujero. ¿Cómo subjetivarlo? ¿Cómo asumirlo de manera que tenga efectos sobre nosotros, que no sea sin consecuencias, para que la renegación no sea la salida —tal como ocurrió en el día sin IVA—, o la forclusión, que ni siquiera permite la inscripción, el registro de lo ocurrido?

A propósito de la primera, la renegación, sostengo que, por ejemplo, frente al cambio climático tenemos los negacionistas, aquellos que no lo admiten, pero más allá están los que lo reniegan, aquellos que admiten la catástrofe que se cierne sobre nosotros, no dudan de los informes de los científicos, pero, aun así, actúan como si nada, o mejor... simplemente no actúan.

Respecto a la segunda, la pregunta es ¿cómo hacer para que, una vez levantadas las restricciones, no olvidemos totalmente lo ocurrido, como si nunca nos hubiera pasado? ¿Qué hacer para que este agujero tenga, como en el nudo borromeo, la consistencia de lo simbólico?³¹ ¿Qué hacer para no seguir en esa suerte de rechazo radical de lo real de nuestra época, eclosionado en esta crisis, umbral del porvenir que nos aguarda, si no despertamos de este dormir que desconoce el sueño?

30. Jacques Lacan, *El seminario. Libro 23. El sinthome (1975-1976)* (Buenos Aires: Paidós, 2006), 133.

31. Jacques Lacan, *Seminario 22. R.S.I. (1974-1975)*. Texto traducido por la Escuela Freudiana de Buenos Aires., 12. Inédito.



BIBLIOGRAFÍA

- FREUD, SIGMUND. "Tótem y tabú" (1912). En *Obras completas*. Vol. XIII. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- FREUD, SIGMUND. "Pulsiones y destinos de pulsión" (1915). En *Obras completas*. Vol. XIV. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- FREUD, SIGMUND. "Lo ominoso" (1919). En *Obras completas*. Vol. XVII. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- FREUD, SIGMUND. "Más allá del principio de placer" (1920). En *Obras completas*. Vol. XVIII. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- FREUD, SIGMUND. "Inhibición, síntoma y angustia" (1925). En *Obras completas*. Vol. XX. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- LACAN, JACQUES. *El seminario. Libro 2. El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica (1954-1955)*. Buenos Aires: Paidós, 1983.
- LACAN, JACQUES. *El seminario. Libro 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis (1964)*. Buenos Aires: Paidós, 1986.
- LACAN, JACQUES. *El seminario. Libro 7. La ética del psicoanálisis (1959-1960)*. Buenos Aires: Paidós, 1988.
- LACAN, JACQUES. *El seminario. Libro 17. El reverso del psicoanálisis (1969-1970)*. Barcelona: Paidós, 1992.
- LACAN, JACQUES. *Seminario 22. R.S.I. (1974-1975)*. Texto traducido por la Escuela Freudiana de Buenos Aires. Inédito.
- LACAN, JACQUES. *El seminario. Libro 10. La angustia (1962-1963)*. Buenos Aires: Paidós, 2006.
- LACAN, JACQUES. *El seminario. Libro 23. El sinthome (1975-1976)*. Buenos Aires: Paidós, 2006.
- LACAN, JACQUES. *Del discurso psicoanalítico. Universidad de Milán. 12 de mayo 1972*. En Olga Mabel Mater, "Traducción de la Conferencia de Lacan en Milán del 12 de mayo de 1972", *ElSigma.com*. 13 de marzo, 2006. Disponible en: <https://www.elsigma.com/historia-viva/traduccion-de-la-conferencia-de-lacan-en-milan-del-12-de-mayo-de-1972/9506>
- PARDO, TATIANA. "¿Suficiente con declarar a un río sujeto de derechos para protegerlo?". *El Tiempo*. 9 de julio, 2019. Disponible en: <https://www.eltiempo.com/vida/medio-ambiente/las-implicaciones-de-declarar-sujeto-de-derechos-a-la-naturaleza-384870>
- ŽIŽEK, SLAVOJ. "El coronavirus es un golpe al capitalismo a lo Kill Bill". En Giorgio Agamben. *Sopa de Wuhan*. Buenos Aires: ASPO, 2020.
- "LOS JUECES ALEMANES CONDENAN AL 'CANÍBAL DE ROTEMBURGO' A TAN SOLO OCHO AÑOS DE CÁRCEL. *El País*. 30 de enero, 2004. Disponible en: https://elpais.com/internacional/2004/01/30/actualidad/1075417202_850215.html